

***Revoluciones sin cambios revolucionarios.* Edelberto Torres Rivas.  
Guatemala: F&G Editores, 2011. 514 páginas.<sup>1</sup>**

Nora Garita Bonilla

Correo electrónico: nogabo@gmail.com

El historiador Pierre Nora (1984: 2) establece una distinción entre memoria e historia: “La memoria es la vida, siempre llevada por grupos vivientes (...) la historia es la reconstrucción, siempre problemática e incompleta, de lo que ya no es (...) la memoria instala el recuerdo en lo sagrado, la historia lo desaloja”. Con relación a esto, el libro *Revoluciones sin cambios revolucionarios* de Edelberto Torres Rivas brinda una explicación desacralizada de las luchas revolucionarias contra los Estados oligárquicos y evidencia cómo las ciencias sociales tienen mucho que decir sobre la crueldad, el exterminio y el sentido de la guerra.

Si Bertolt Brecht hablaba de “Preguntas de un obrero ante un libro de historia”, el trabajo de Edelberto podría considerarse como “preguntas de un sociólogo ante la historia” y, en ese mismo sentido, a esta reseña podría llamársele también “preguntas de una alumna ante el libro del maestro”. Es por esto que a continuación se destacan algunos hallazgos y preguntas en torno al texto.

El primer acierto del libro es intentar entender los procesos de la historia reciente remontándose al pasado para encontrar claves de entendimiento en la naturaleza del poder oligárquico. La oligarquía es ambigua: al ser heredera del poder colonial y de una riqueza enraizada en la producción cafetalera mantiene relaciones precapitalistas con el campesinado pero, en tanto productora de bienes para el mercado, se constituye como clase. En esa ambigüedad, el oligarca erige su capacidad de poder con exclusiones de clase y mantiene las asimetrías racistas; en otras palabras, se trata de la colonialidad del poder. Pues bien, Edelberto analiza el ciclo de realización del capital cafetalero, es decir, la división del trabajo al interior de la clase cafetalera, y eso le permite ver el comportamiento de las fracciones.

La oligarquía hizo que los productores nacionales se quedaran con una menor cuota de las ganancias, situación que sentó las bases del poder oligárquico sobre el control de la tierra mediante el uso de la coacción económica y el trabajo forzado. Es por esto que el autor la llama “burguesía menor”, pues en ese ciclo de realización del capital cafetalero la élite monopólica (intermediarios exportadores) tiene mayores porcentajes de ganancia.

De este modo, la presencia de la hacienda extensa en Guatemala y El Salvador marca una importante diferencia con el resto de los países de la región. La más

oligárquica, la más terrateniente, la más reaccionaria, fue la oligarquía guatemalteca, dice el autor. Puesto que se trata de una forma de control político, el Estado liberal se constituye como poder militar (cuerpo armado y burocracia militarizada) no democrático. Por eso, “reivindicar la democracia fue más radical que pedir la tierra” (pág. 54). El autor señala en este sentido tres tipos de Estado liberal:

- a) Liberalismo radical: En este tipo se encuentran Guatemala y El Salvador, países en los que se llevaron a cabo expropiaciones a campesinos indígenas. Se trata de estados poderosos con ejércitos represivos y férreas dictaduras militares.
- b) Liberalismo reformista en Costa Rica
- c) Liberalismo de Nicaragua y Honduras: En este caso se trata de dictaduras tradicionales coercitivas. Para el caso de Nicaragua, el autor señala que el Estado no surge plenamente por la intervención norteamericana.

¿Por qué perdura el Estado liberal?, se pregunta Edelberto. La respuesta a esta pregunta radica en que la modernización del sistema agrario exportador y la diversificación internacional no son contradictorias entre sí con las relaciones de dominio político, sino que se apoyan en sus rasgos autoritarios. A estas alturas del razonamiento, Edelberto plantea lo que parece ser la primera de las revelaciones de este libro: “Las protestas de los años 70 que convergen en el conflicto armado y guerra de los años de 1980, no son plenamente antiburgueses, son formas tardías de expresar un malestar popular antioligárquico (pág. 69).” El autor aclara que esto no quiere decir que el Estado desarrollista fuera oligárquico, pues el favorecido fue el sector más burgués, pero ante esto surgen las siguientes preguntas: ¿Por qué la oligarquía no fue capaz de leer el tipo de demandas planteadas en las protestas? ¿Por qué ésta no fue capaz de construir hegemonía? ¿Qué implicó la articulación entre sus fracciones a la hora de construir hegemonía?

Otro aporte importante es el retrato claro de la Guerra Fría en la región. En la estructura dramática de esos años, la Guerra Fría no fue el telón de fondo, pues Estados Unidos fue uno de los actores con mayor peso, al punto que, de no haber existido, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) habría tomado el poder en El Salvador hacia 1987-88. Si bien hubo diferencias en el accionar demócrata y republicano, siempre hubo una estrategia regional.

Un elemento fundamental del libro es el análisis del papel del Estado como eje explicativo de la crisis revolucionaria. Edelberto considera que, más allá de las condiciones económicas de explotación, los movimientos revolucionarios son también la respuesta “a formas excesivas de subordinación política” (pág. 254). En los tres países (Nicaragua, Guatemala y El Salvador), la institución eje del sistema político es el ejército. Toda demanda democrática era vista como antisistema y reprimida con violencia. De ahí que la respuesta fuera violenta. La simultaneidad de la crisis en los tres países en estudio podría tener el riesgo de olvidar las particularidades en cada país, por lo que Edelberto las muestra en detalle. Entre sus argumentos destacan:

- En Nicaragua existió una dictadura neopatrimonial, apoyada por el ejército y la guardia leal al dictador, no a la nación. El poder estaba en manos del ejército y su control por el dictador y sus parientes. Los primeros sandinistas enfrentaron un caudillo militar con una guardia nacional formada por Estados Unidos. Aquí la autonomía relativa del Estado frente a intereses de la clase dominante fue mínima.
- En Guatemala y El Salvador hubo dictaduras militares institucionalizadas con ejércitos asistidos por Estados Unidos. El autor dice: "(...) el ejército era el Estado, pero no era ni propiedad ni instrumento de la oligarquía, sino su cómplice" (pág. 314). En ambos países, en El Salvador desde 1984 y en Guatemala desde 1985, los procesos revolucionarios enfrentarán luego regímenes democráticamente electos, lo que alteró la naturaleza de los movimientos revolucionarios.

Este es justamente otro aspecto relevante de destacar: el paso de caudillos militares a oficiales electos. Sirviéndose de la distinción de O'Donnell (2003) entre Estado y régimen político, Edelberto hace algunas precisiones importantes. En los setentas, los frentes guerrilleros se formaron al interior de dictaduras militares en los tres países en momentos de gran crecimiento económico, pero con un reparto desigual. En los tres, como ha sido señalado, los Estados estaban dirigidos por ejércitos como institución eje del sistema político y articulados con intereses de la burguesía oligárquica.

En Nicaragua, por su parte, la dictadura neopatrimonial mezcló formas de dominación tradicional con elecciones. En 20 años, el Estado se fue modernizando pero mantuvo la estructura de poder con base en la Guardia Nacional. El Estado que enfrentaron los sandinistas fue un ejército-Estado que, sin ser un sultanato moderno, tenía rasgos de aquél. Era una dictadura militar dinástica con ejército moderno, dice Edelberto: "Un Estado militar, apoyado en tres mecanismos de poder: el ejército, el partido y la empresa económica" (pág. 312). Se trataba, pues, de un Estado militarmente fuerte, pero socialmente débil.

El Estado que enfrentaron los revolucionarios en Guatemala y El Salvador fue muy distinto. En estos países hubo dictaduras militares institucionalizadas con "fracciones de la clase dominante organizadas corporativamente" (pág. 312). Esos procesos revolucionarios terminaron enfrentando regímenes civiles democráticamente electos (democracias contrainsurgentes). Es decir, los movimientos populares en ambos países enfrentaron dos regímenes políticos en un Estado que fue siempre autoritario. El terrorismo de Estado, junto con los procesos electorales, provocaron una mayor fuerza del movimiento social o reacciones imprevistas, como la reforma agraria de Duarte que "extremaderechiza" la burguesía. Según Edelberto, así fue como llegó la democracia: sin que se hubiera acabado la guerra y con la guerrilla enfrentada, no a una dictadura contrainsurgente, sino a una democracia contrainsurgente. En este punto, Edelberto lanza algunas preguntas a sus lectores: ¿Se trató de un conflicto de élites empresariales, políticas y militares el que propició la llegada de las democracias? ¿La estrategia trazada por los norteamericanos fue militarizar el poder o desmilitarizar el gobierno?

Otro hallazgo importante es la explicación del triunfo sandinista y el contraste con el agotamiento de las condiciones revolucionarias en Guatemala y El Salvador. El autor recuerda los rasgos particulares de la dictadura somocista, apoyada solo por una fracción de la burguesía. Había pugnas interburguesas políticas y económicas, malestar que se jugaba en el plano partidario electoral. En la situación revolucionaria se conjugarán tanto esta pugna electoral como la lucha político-militar del sandinismo, las cuales se fueron articulando en las tres etapas de la revolución. El conflicto no se planteó como una lucha antiburguesa, sino en contra de la dictadura (que era una fracción de la burguesía). Las masas eran antisomocistas, pero la represión las volvió sandinistas. La conducción sandinista fue dando sentido al malestar: la lucha antidictatorial la volvieron “nacional” y el antisomocismo de las masas lo articularon en el símbolo de la defensa nacional que era Sandino. En síntesis, en Nicaragua no tuvo lugar una revolución socialista sino “una victoria nacional popular frente a un Estado patrimonial autoritario dependiente del exterior” (pág. 374).

En El Salvador la situación revolucionaria fue contraria a la del foquismo, ya que las organizaciones sociales tuvieron largos periodos de acumulación de fuerzas y agregación de experiencias hasta integrar organizaciones político-militares. Edelberto hace una detallada descripción de tres etapas del proceso hasta llegar a los Acuerdos de Paz, sobre lo cual cabe destacar que lo particular en el caso de El Salvador fue cómo las organizaciones políticas resolvieron “de una manera original y audaz la articulación gremial-social-popular con lo político militar” (pág. 374). Esa es la razón del porqué, de no haber sido por la intervención norteamericana, el FMLN habría triunfado militarmente y tomado el poder en 1987-88. En enero de 1992 se firma la paz, marcando el fin de la guerra civil pues, según Edelberto, el proyecto revolucionario había terminado mucho antes. Es el fin de una guerra sin vencedores.

En Guatemala, la crisis política fue la más prolongada y la más lejana a las probabilidades del éxito revolucionario. A diferencia de El Salvador, las organizaciones guerrilleras no tuvieron una sola dirección unificada ni establecieron lazos con lo político. Otros factores fueron adversos al triunfo, en especial el no haber ampliado el frente social, es decir, el no haber podido consolidar el “carácter múltiple del sujeto revolucionario” (pág. 463). En otras palabras, las organizaciones guerrilleras estuvieron aisladas social y políticamente. A eso se añade la capacidad de guerra del ejército, apoyado por los Estados Unidos. En palabras de Edelberto: “El proceso en Guatemala no fue nunca una amenaza integral a las clases dominantes (...) no se alcanzó nunca una situación revolucionaria” (pág. 460). Así, no hubo una derrota militar, sino que el transcurrir del tiempo agotó el impulso revolucionario.

Es importante referirse a los intercalados espacios que Edelberto llama *excursus*, algo fuera del curso mismo de la argumentación y marcados por un giro en la escritura y con menos preocupación por una argumentación lógica. En ellos el autor se permite manifestar sus malestares con el eurocentrismo de algunas lecturas sobre la realidad (como la revolución democrático-burguesa en realidades donde no hubo feudalismo), al tiempo que contrasta el sentido nacionalista de las luchas nicaragüenses con el contenido de clase de las luchas salvadoreñas y debate la concertación en las mesas negociadoras de

paz, en las que “el regateo inteligente fue el olvido de los programas iniciales y una aceptación del statu quo (...) que no avergonzó a nadie” (pág. 252). En estos espacios el autor además cuestiona explicaciones simplistas de la relación represión-protesta, evidencia la importancia de analizar la participación de las clases medias, debate la teoría del foco, señala errores en la ofensiva final del FMLN y reflexiona sobre la guerra popular prolongada. En uno de estos *excursus* hace una revelación: las metas eran reformistas, pero la voracidad oligárquica empujó a métodos violentos. En fin, los *excursus* son textos donde el lector se siente tomando un café con el maestro y él se permite, en ese paréntesis coloquial, expresar sus “dolores de cabeza”.

Gracias a la mirada sobre la colonialidad del poder, Edelberto incorpora de manera importante al actor indígena, definiendo el campesinado desde su componente étnico racial y señalando cómo lo indígena añade reivindicaciones etnoculturales a lo popular revolucionario y logra seguir el curso del racismo hasta el racismo de Estado de la “tierra arrasada”. Al respecto cabe hacer el señalamiento de que “raza”, como dispositivo colonial clasificatorio que ubica en inferioridad tiene, según Quijano (2000), un derivado: el género. ¿Por qué a lo largo del libro no se menciona el papel de las mujeres en las luchas revolucionarias? La memoria de su participación está viva como colectivo, pero ausente del relato histórico. En Guatemala, se sabe de la importancia de las mujeres en el 1944 y en los sesentas; las Mujeres de Fuego fueron perseguidas y otras que se asociaron en búsqueda de sus desaparecidos jugaron un papel de resistencia importante. Sin embargo, estas no se mencionaron en el texto. En El Salvador, un tercio de combatientes fueron mujeres. En Nicaragua, Granada fue liberada por una mujer, Mónica Baltodano, así como León lo fue por Dora María Téllez. El problema es que estas omisiones tienen consecuencias: a la hora de los acuerdos de paz, en El Salvador se entregaron tierras a los jefes de familia y los planes de reinserción fueron para los combatientes. En Nicaragua ocurrió lo de siempre: lucharon hombres y mujeres, pero en el reparto del poder no hubo una sola mujer en la Junta de los 12 comandantes. ¿No será un límite de la propia teoría Estado céntrica que deja por fuera la posibilidad de ver en esa participación de las mujeres el germen de otros movimientos sociales que ya se gestaban desde las dinámicas mismas de esos procesos?

Algo que habría gustado es una reflexión sobre la dinámica regional: la relación entre ejércitos y entre movimientos sociales revolucionarios. Asimismo, la comprensión de los procesos de Belice, es decir cómo se dio el tránsito de la colonia británica y la relación de los movimientos sociales beliceños con las dinámicas guatemaltecas. Del mismo modo, habría cabido indagar la respuesta a la pregunta sobre cuál fue la relación entre las invasiones a Honduras y los procesos revolucionarios en los tres países estudiados. Además, la mención a Costa Rica como “santuario” y “corredor de armas” (pág. 366) deja por fuera una dinámica de larga trayectoria entre los dos países. Desde los años sesenta Costa Rica fue refugio, lugar donde se curaron los heridos, bodega y sitio de reuniones. Basta con leer “La revolución perdida” de Ernesto Cardenal para ver esto. Sin duda, la actividad solidaria de Costa Rica fue un importante factor del triunfo sandinista, lo que sería importante estudiar pues evidenciaría cuán ligadas están las historias de ambos países.

El texto de Edelberto, de gran talante analítico, arroja hallazgos relevantes para comprender el horror y el dolor de una historia aún fresca en nuestras vidas. ¿Cuánto tiempo se necesita para escribir este libro? Ochenta y dos años, porque es obra una de madurez. Al desacralizar los recuerdos, el autor plantea el desafío del “deber de hacer memoria” y de imaginar otras modalidades de convivencia a las ciencias sociales centroamericanas. Gracias, maestro.

## Notas

- 1 Esta obra recibió el prestigioso Premio Iberoamericano al libro del año seleccionado por la *Latin American Studies Association* (LASA) de Estados Unidos, correspondiente al congreso anual que esta entidad celebró en mayo de 2013, en donde fue entregado formalmente. LASA agrupa a más de 5000 expertos sobre América Latina de diversas disciplinas de las ciencias sociales y de las humanidades. El jurado del Premio estuvo compuesto por las siguientes personas: Elizabeth Jelin (Universidad de Buenos Aires, Argentina), Nora Lustig (Universidad de Tulane, New Orleans), Kurt Weyland (Universidad de Texas en Austin), Claudio Javier Barrientos (Universidad Diego Portales, Chile) y Saúl Sosnowski (Universidad de Maryland).

## Bibliografía

- Nora, Pierre, ed. “Entre memoria e historia: la problemática de los lugares.” *Les Lieux de Mémoire, 1. La République*. Trad. de Fernando Jumar. Paris: Ed. Gallimard, 1984.
- O'Donnell, Guillermo, ed. “La democracia en América Latina, algunas cuestiones sobre el Estado y la nación.” *Democracias, desarrollo humano, derechos humanos y sociedad civil*. Argentina: Editorial Homo sapiens, 2003.
- Quijano, Anibal. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina.” *La colonialidad del saber, eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Comp. Edgardo Lander. Buenos Aires: CLACSO, 2000. Disponible en <http://biblioteca.virtual.clacso.org.ar/ar/libros/Lander/Quijano.rtf>